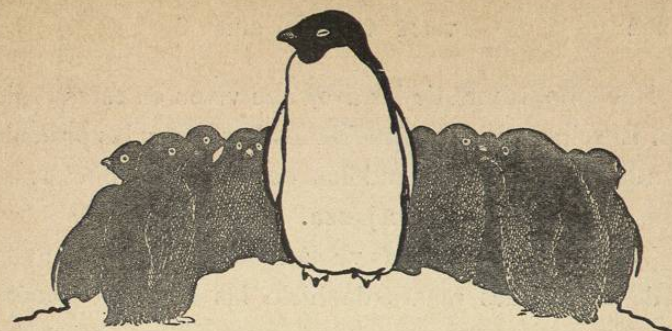


Habíamos aprovechado el tiempo porque, cerca de nuestro campamento y precisamente por los sitios que habíamos cruzado, comenzaba el hielo de tierra á derretirse lentamente. Felizmente ante nosotros estaba el camino transitable hasta el lugar del depósito, y durante la mañana del día 13 montamos allí nuestra pequeña tienda en medio de los grupos de pájaros bobos que chillaban alborotados.



CAPITULO XII

Las aves en la bahía de la Esperanza

EN las zonas glaciales la Naturaleza ofrece un aspecto tan completamente extraño para quienes no las hayan recorrido, que no es fácil dar una exacta idea de todos sus accidentes. La Naturaleza sudpolar es seductora y magnífica, cuando durante los tranquilos días de verano resplandece la luz del sol alrededor de las escarpadas elevaciones sin hielo, sobre las variadas ondulaciones del hielo de tierra y sobre las extensiones móviles de los bloques flotantes. El espectáculo es aún más grande y encantador cuando concluyen los cortos días de invierno y el sol que se pone esparce una luz matizada de tan severas coloraciones, que la realidad supera á su descripción.

No se halla en estas regiones analogía alguna con los hermosos paisajes de otras latitudes, que abundan, por ejemplo, en nuestra patria. Todo es distinto: el mar, la tierra, el horizonte. Los panoramas en miniatura de admirable encanto se echan de menos en la tierra polar, donde todo es grande y majestuoso.

Hablemos ahora de las aves que viven en estas regiones. El reino alado que puebla los bosques y las praderas de nuestra patria, llenándolos de vida y de poesía, no tiene aquí ni remota semejanza.

Voraces y desconfiadas vuelan incesantemente huyendo de las grandes masas de hielo las aves procelarias, que se amansan cuando sobreviene una tempestad; alborotados ó temerosos pululan los pájaros bobos sobre las grandes extensiones de hielo ó guarecidos entre las rocas costeras socavadas por el oleaje.

La hermosura incomparable de la primera de estas aves antárticas, puede calificarse de *beauté diabolique*, por el raro contraste que forman sus ojos y su pico negros como el carbón, con su plumaje blanquísimo; su vuelo es muy rápido; acostumbran á incubar muy alto sobre las rocas más inaccesibles, y para defenderse contra los que tratan de cogerles suelen lanzar á más de un metro de distancia un chorro líquido que exhala un olor muy desagradable.

Existe una semejanza digna de mención entre las aves que pueblan los dos territorios polares. Todo el que haya visto alguna vez una montaña ártica habitada por pájaros, seguramente la recordará cuando por primera vez se halle en una colonia antártica de pingüinos. La situación de las dos especies es distinta: habita la del Norte sobre formidables é inaccesibles acantilados, y puebla la del Sur ilanas extensiones y declives.

Pero, por lo demás, la semejanza es exacta: la misma enorme acumulación de individuos, la misma extraña y anfibia clase de pájaros. Las alcas del Norte forman una verdadera especie paralela á los pájaros bobos del Sur. Caminan en la misma posición, con el cuerpo derecho;

sus patas son cortas, colocadas muy atrás, y nadan rápidamente lo mismo que los pingüinos.

La desigualdad más pronunciada consiste en que las alcas son aves voladoras, mientras que los pájaros bobos apenas se sirven de sus alas rudimentarias. Pero, como para compensar también este contraste y hacer todavía más comprensible su sorprendente semejanza, á principios de 1800 se encontraba aún en el Atlántico del Norte una especie de alcas, actualmente extinguida, llamada *alca impennis*, con rudimentarias alas inservibles para el vuelo.

Los pájaros bobos pertenecen exclusivamente al hemisferio Sur. Allí se extienden sus distintas especies desde la costa occidental de la América del Sur; abundan en Australia bastante al norte, pero su verdadero asiento se encuentra más hacia al sur; dentro del propio territorio antártico alcanzan las colonias su más amplio desarrollo, y el mayor representante de su especie tiene allí su residencia.

Sin embargo, es reducido el número de clases antárticas. En el sentido de la más rigurosa clasificación podemos incluir en ellas al pájaro bobo *imperial* y el *adelie*; además, como variedades, la especie *antártica* y *papua*, que se encuentran más al norte en las islas antárticas. En dos sitios (la isla de Nelson y en la bahía de la Esperanza) observó, además, nuestra expedición una quinta especie (*cathartes*).

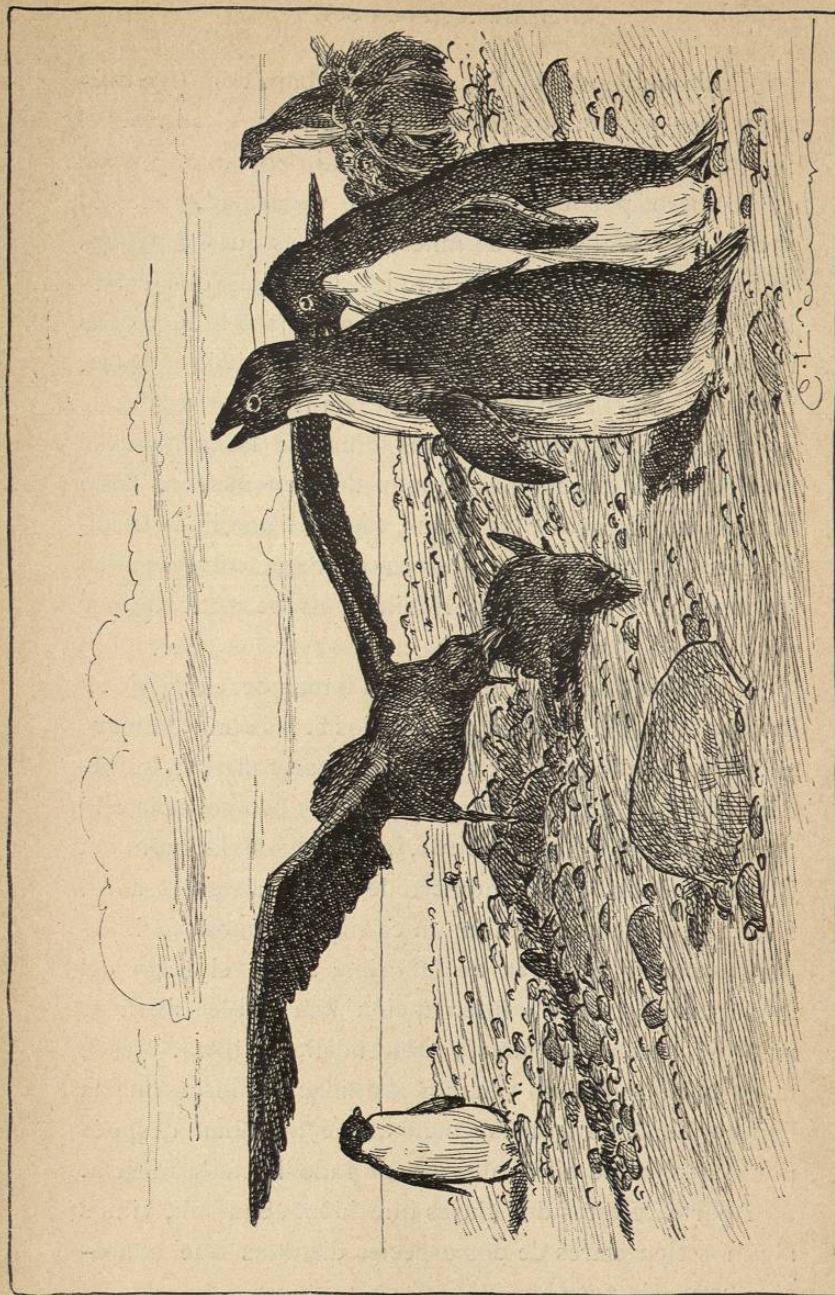
Dentro del territorio explorado por nosotros hemos encontrado una división de estas clases de pájaros, que se encuentra en completa armonía con su extensión.

El pájaro bobo imperial (*aptenodytes forsteri*) es una especie característica polar, cuya verdadera residencia se

encuentra tan adentro de las llanuras heladas, que solamente la expedición inglesa y nosotros llegamos á descubrirla: encontrámosla en nuestro territorio muy al sur, fuera de la costa de la Tierra del Rey Oscar, donde vimos pequeños grupos. Encontrábanse también ejemplares sueltos cerca de Snow-Hill y de la isla de Paulet, pero no los vimos nunca ni en la bahía de la Esperanza, ni en el canal de Orleans, ni aun en las islas de Shetland Meridional.

El pájaro bobo adelic (*pygoscelis adelic*), que también es una especie característica antártica, tenía su residencia en la parte del territorio más bloqueado por el hielo flotante. Únicamente así se puede comprender que todos sus lugares de incubación se hallen alrededor del golfo del Erebus (islas de Seymour, de Cockburn, del Diablo, de Paulet y bahía de la Esperanza). En el canal de Orleans y en la isla de Shetland Meridional, substituye á esta especie otra semejante (*pygoscelis antartica*), que prefiere estas costas relativamente libres de hielo, en armonía con la fauna que existe más al norte, y que se encuentra en las islas de Falkland y en la Georgia del Sur.

La cuarta especie (*pygoscelis papua*) era bastante común en la isla de Nelson; incuba, según Racovitza, en el canal de Gerlache, y se encuentra en la bahía de la Esperanza junto con el pájaro adelic. No encontramos ningún ejemplar en el golfo del Erebus ni en el territorio de Seymour, donde únicamente vieron algunos nuestros compañeros de la estación invernal. Esta especie ocupa, por lo tanto, dentro del territorio que exploramos, una extensión completamente opuesta á la que habita el pájaro bobo imperial.



Pájaro gigante procelario matando un pequeño adelic.

En la bahía de la Esperanza incuban, como ya dijimos más arriba, dos clases de pingüinos, el adelia y el papua. De estos el primero es el más importante, porque su número puede calcularse con seguridad, cuando menos, por centenares de miles, mientras que los papuas se cuentan, á lo sumo, por miles. Entre las dos clases hay también la diferencia de que el pájaro bobo papua incuba tan sólo en puntos bajos y cerca de las costas, mientras que el adelia se encuentra en todas partes donde puedan incubarse, desde las bajas lomas de las orillas del mar hasta las elevaciones de más de cien metros. Todo el territorio de pequeñas lomas, fuera de una línea trazada entre los dos puntos que en el mapa corresponden á 100 y 119 metros como mínimo, estaba ocupado por pájaros bobos adelia.

En nutridos grupos habitan las lomas de canchales y de montaña, pero huyen de los sitios bajos donde la nieve permanece mucho tiempo y el campo se conserva húmedo hasta muy adelantado el verano. Incluso sobre la alta meseta de más de cien metros, al norte de la montaña Flora, incubaban buen número de estas resistentes aves. Este grupo tenía que hacer un camino de unos dos kilómetros para ir y volver de la orilla; sobre el hielo del lago pasaba casi sin interrupción una doble hilera de pájaros, ascendente una y descendente la otra. Desde nuestro campamento veíamos caminar afanosos por la llanura á los infatigables enanos, que trepaban después por el declive de nieve alto y escarpado hasta la meseta.

Aparte de estas dos clases que incubaban allí, vimos algunos ejemplares de dos especies distintas que aparecían como de paso.

Un día de enero observé durante una excursión geo-

lógica, bastante lejos, hacia la montaña Flora, en medio de un grupo de adelias, un pájaro bobo desconocido para mí, el cual, según mi descripción en el diario, tenía plumas de color de oro en la cabeza y un pronunciado pico que recuerda el macaroso, ave palmípeda de Europa, Asia y América. Cuando volví para coger este extraño animal ya había desaparecido. Era seguramente una especie de los catártidos. De vez en cuando aparecía cerca de la orilla, junto al campamento, algún pájaro bobo antártico distinto de los que allí habitaban, y era interesante observar cómo esta especie más pequeña paseaba altanera y retadora entre los grupos indígenas.

Viviendo continuamente entre pingüinos, tuvimos ocasión de estudiar con mayor detención que pudieran hacerlo otros observadores antes que nosotros, las costumbres de este género de colonias antárticas. Aunque estudiamos solamente su período en su vida veraniega, fué precisamente el más característico, pues cuando llegamos comenzaba la puesta de huevos y la incubación. Además, por medio de algunas observaciones realizadas en otros lugares, pudimos formarnos una idea respecto á sus demás costumbres.

Como veremos luego, entre la vida invernal de las dos clases de pájaros bobos, existe la diferencia de que el pájaro adelia emigra antes de la entrada del invierno de su lugar de incubación, mientras que los papuas se quedan durante todo el invierno en las proximidades de la bahía de la Esperanza, de modo que, aun cuando el hielo se disgregue, van y vienen nadando en pequeños grupos.

Es, pues, únicamente el pájaro adelia el que emprende verdaderos viajes. Cuando, acompañado de Bodman,

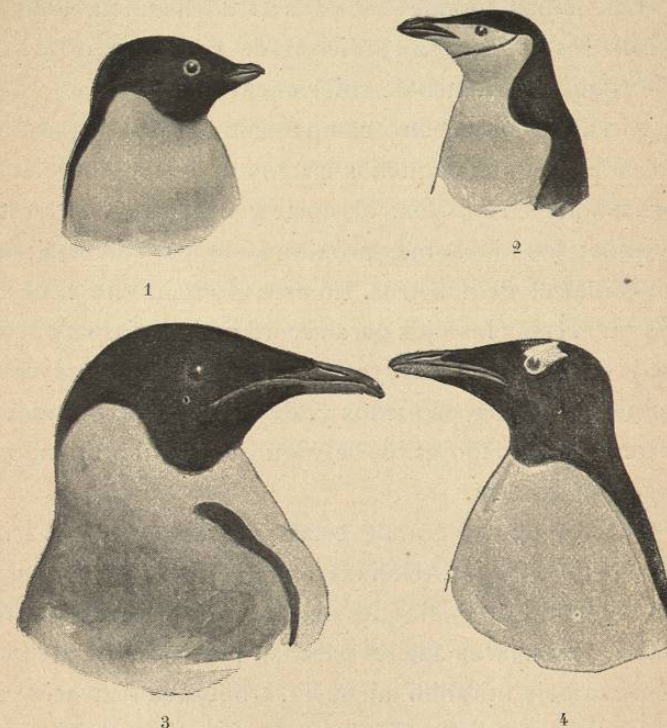
el 21 de octubre de 1903, visité la pequeña colonia del nordeste de la isla de Cockburn, habían llegado solamente cierto número de pájaros bobos; doce días después, cuando volví en compañía de Nordenskjöld, la colonia estaba completa. En la isla de Paulet presentáronse los pájaros bobos, según relación de K. A. Andersson, entre el 15 y el 25 de octubre.

El año anterior (es decir, el de nuestro arribo á la bahía de la Esperanza) comenzó tarde la primavera, después de un invierno extraordinariamente crudo, retardándose por este motivo la aparición de los pingüinos. Los nidos de estas aves son muy sencillos. Muchas especies escarban hoyos profundos en tierra, en los cuales depositan sus huevos. Cada nido pertenece á una pareja, y el macho y la hembra permanecen siempre juntos, de tal modo, que cuando la hembra sale en busca de alimento, el macho se encarga de incubar los huevos, que de este modo no quedan jamás abandonados, precaución necesaria, porque estas aves muestran gran tendencia á robárselos unas á otras; así, sucede que á veces en un mismo nido se encuentran polluelos de diversas especies. Los huevos, por su forma y tamaño, se asemejan mucho á los de los gansos y están cubiertos de manchas irregulares pardas sobre fondo verdoso.

Cuando desembarcamos en la bahía de la Esperanza, había ya pasado la época de aparearse. Sucedió, con todo, aun después que los polluelos eran crecidos, que las parejas por lo general no se desunían.

Durante nuestras exploraciones entre las colonias antárticas del canal de Orleans, á fines de noviembre y primeros de diciembre de 1902, encontrábanse en cambio, aun sin aparear, las aves de esta especie.

A últimos de diciembre, la colonia de pingüinos de la bahía de la Esperanza tenían ya polluelos, tanto los papuas como los adelié; los primeros muy pequeños todavía. Era, pues, notable la diferencia de tiempo que



Pájaros bobos antárticos.

- 1 Pygoscelis Adelié.
- 2 » antártica.
- 3 Pájaro bobo imperial (Aptenodytes Forsteri).
- 4 Pygoscelis Papua.

Poco más ó menos $\frac{1}{5}$ de su tamaño natural.

mediaba entre la incubación de las dos especies, y debemos anotar que el desarrollo de los polluelos de la especie adelié (desde el comienzo hasta el fin de la incubación) se verifica un mes antes que los de la raza papua.

Cuando el 13 de enero volvimos á la bahía de la Es-

peranza, estaban ya los polluelos de las dos especies bastante desarrollados. Las crías de los papuas encontrábanse todavía dentro del nido, y cada nido estaba guarnecido de una gran corona de blancos excrementos.

Las lomas, donde los pájaros adeliae incubaban en numerosos grupos, se cubrieron de una capa de guano depositado sobre otra de color encarnado vivo.

Alrededor de nuestro campamento incubaban multitud de pingüinos: pequeños grupos de adeliae pululaban por las lomas roquizas, al norte y nordeste de nuestra vivienda; los nidos más próximos de papuas estaban á pocos metros de nosotros. En este momento no necesito más que cerrar los ojos para recordar el confuso alboroto que producían, el rudo graznido de los adeliae mayores, el chillido de los pequeños y, de cuando en cuando, el fuerte y continuado grito de algún papua dominando la espantosa gritería.

Nuestra tienda grande estaba amarrada con varias cuerdas muy largas, tendidas á poca altura del suelo, que la sujetaban á unos bloques de piedra fijos en la tierra. Cuando los pájaros adeliae pasaban junto á la tienda con la cabeza baja mirando al suelo, tropezaban invariablemente con las cuerdas, haciendo oscilar el pabellón con el choque, y era tal la torpeza de estas aves, que para poder pasar comenzaban á golpear con las patas y las alas, pero nunca se les ocurría pasar por debajo de las cuerdas. Recuerdo que algunos, al tropezar con el obstáculo, volvían sus pasos con grotesca seriedad dirigiendo su marcha al lugar de incubación por otra ruta.

Los pájaros adeliae eran los menos sociables. Cuando íbamos al lago en busca de agua y nos veíamos obligados á pasar entre numerosos grupos de esta especie, revol-

víanse los mayores contra nosotros. Demostraban su descontento al vernos erizando las plumas de la cabeza y dando furiosos graznidos, lo cual nos producía un efecto cómico indescriptible. Algunos más batalladores y atrevidos nos atacaban arrojándose contra nuestras piernas, pero bien pronto abandonaban su presa en cuanto se les amagaba con un puntapié, que cuando lo recibían en el pecho les hacía salir dando tumbos.

A veces se levantaban inmediatamente y nos acometían de nuevo, poseídos de mayor cólera, pero otro puntapié bien administrado bastaba generalmente para que se acobardasen, y entonces se marchaban á buen paso parándose lejos, desde donde nos miraban asustados lanzando un débil ronquido.

Los pájaros papuas son más sociables; su paso es vacilante y flemático, y se apartan del intruso sin oponer la menor resistencia.

Tienen los pájaros bobos otro medio de locomoción en tierra, que emplean con preferencia donde el campo está cubierto de hielo. Acuéstanse sobre el vientre, y empujando con las patas, si el camino está en declive, se dejan deslizar muy deprisa; en terreno llano se ayudan también con las alas. En muchas pendientes de hielo habían trazado los pájaros adeliae un verdadero camino de trineo, por donde bajaban con rapidez sin igual uno tras otro.

En el agua se mueven con extraordinaria agilidad; emplean las alas como remos y las patas como timón. Nadan muy sumergidos en el agua, y salen de ella dando un salto en el aire. Cuando llegan reunidos en pequeños grupos saltando, no parecen pájaros, se asemejan más bien entonces, por sus movimientos, á los delfines. Tie-